

Los secretos de Imke

Alberto no sabía el motivo de la rapidez de su enamoramiento y mucho menos de su matrimonio. Aún así, todavía algo cegado¹ por el cansancio del nuevo entorno, sospechaba el origen de su infortunio. Inventándose una rutina doméstica, bebía constantemente cola para mantenerse despierto y sentía infelicidad cuando espiaba a Imke con una fotografía que miraba a escondidas entre sus manos. Él nunca se atrevió a revisarla ni a buscarla. Tenía un temor casi letal: darse por entendido de algo que pudiera herirlo. Otro detalle que descubrió y le parecía ilógico, era el cuadro que colgaba en el pasillo del departamento; una mujer tratando de indicar silencio con el índice derecho en forma vertical sobre sus labios con un reloj digital que pendía bajo su silueta. Esa conjunción parecía extraída de algún consultorio médico o de algún hospital.

Alberto se sentó al borde de la cama mientras observaba la paz con la que Imke dormía. Volvía a recordar la primera vez que la vio en Lima. No se imaginó que esa «gringa» turista llegara a ser su esposa. Tuvieron muchos tropiezos² en el camino, pero él creía que ella era una mujer buena, pura. No precisamente virgen, como le habría gustado, pero por lo menos con pocas experiencias maritales. Levantó la mirada hacia la ventana del dormitorio y retrocedió al verano del romance, hacía algunos años, cuando tuvo una aventura con ella. Alberto se escapó con Imke a Paracas a pasar un fin de semana. Aún recordaba su temor de la primera noche. No pudo concentrarse en la bella mujer que tenía frente a él. Probó una y otra vez agitando el prepucio³ sin lograr una erección. Alberto tenía un temor espantoso al sida⁴. Y, esa inquietud convertida en una alteración neuronal había mancillado⁵ su honor precisamente en el momento en que más lo necesitaba. Al fin y al cabo el amor venció la desgracia de ese primer fin de semana.

1 cegado/a: blind, erblindet

2 el tropiezo: Stolperfalle

3 el prepucio: Vorhaut

4 el SIDA: AIDS

5 mancillar: beschmutzen, entehren

Cuando Alberto miraba nuevamente su silueta en el espejo, creía ver una película cuyo director se permitía atribuirle todas las desgracias posibles a su persona. Reflexionaba con cariño la segunda noche que pasó con Imke. 30 Ella fue paciente y logró confundir su cuerpo con el de su futuro novio. Después de una semana llegó el momento de la despedida, ambos lloraron. No por la despedida ni por amor ni por temor a extrañarse, sino por confusión. En medio de ese desorden sentimental Alberto se dio cuenta de que su vida dejaría de ser tan holgada⁶ económicamente, y que el amor 35 lo obligaría a un sinnúmero de renunciaciones. Imke desde su pequeño mundo quería ser feliz a toda costa. No le importó sacrificar su dinero, la honra de su familia, el cariño de su padre y tampoco olvidar el amor de Uwe. Quería extraer de su memoria diez años de convivencia como si cortara una verruga⁷ con una espada⁸, tratando de que su piel quedara pareja⁹, 40 aunque sangrara. Esa desesperación a su corta edad, veintiocho años, la impulsó a elaborar un plan que para suerte suya le resultó favorable. Imke estaba invadida por el temor de quedar soltera, pues no era favorecida por la belleza; su figura diminuta inspiraba en su entorno una mezcla de compasión y curiosidad. Imke observó en la ciudad de Hannover que muchas 45 mujeres estaban casadas con extranjeros y eran aparentemente felices. Ese era su sueño; ser feliz. No le importaba casarse con un extranjero o un alemán o un chino, lo que le interesaba era tener un marido que la acompañase e hiciera lo que ella dijese. Desde su perspectiva alemana tenía que descender al submundo de la multiculturalidad, lo cual le era fácil por vivir 50 en una metrópoli. En definitiva después de esas reflexiones Imke pasaba noches enteras sin dormir, trataba de adivinar qué tipo de cultura pudiera conjugar mejor con su temperamento. Tras varias semanas de insomnios, lecturas, investigaciones en las bibliotecas y observaciones urbanas llegó a la conclusión que un latinoamericano sería el hombre perfecto para 55 ella. Tres eran las razones de su corolario¹⁰; hablaban un idioma europeo, eran cristianos y por lo general bailaban salsa. Lo que ahora le faltaba a

6 holgado/a: komfortabel

7 la verruga: Warze

8 la espada: Schwert

9 pareja/a: gleich

10 el corolario: logische Folge

Imke, era establecer comunicación con mujeres casadas con latinoamericanos. Proyectó acercarse a algún grupo cultivador de esas tradiciones donde
60 generalmente sus miembros fueran autóctonos y vivieran en la ciudad. Imke se atrevió a pensar que encontraría algún candidato para sus planes.

Fue así que se decidió por inscribirse en un curso de salsa en la universidad. Allí conoció a Toni, el profesor, que hablaba un alemán entrecortado, confuso, mal pronunciado, omitiendo¹¹ las conjugaciones verbales
65 para reemplazarlas por infinitivos, en fin, una especie de Tarzán en el siglo XX. Imke comenzó a conocer las tradiciones latinoamericanas desde México hasta la Tierra del Fuego, se interesó por los indígenas, inició una colección de CDs de ritmos tropicales y acudía a la discoteca salsera de la ciudad para intentar conocer más gente. Como su plan estaba en marcha,
70 solo le faltaba esperar. Esa espera se veía interrumpida por su conciencia: Imke estaba enamorada de Toni, pero él ya tenía una novia: Elke. Esa mezcla de amor, desilusión, impotencia y resignación obligaban a Imke a hacer un leve cambio de rumbo, es decir, a hacer algo indebido, pero permitido. Imke intuía que Toni también sentía algo por ella, pero sabía que
75 tenía dos móviles en su contra: Elke y la relación con Uwe en el pasado. Con el tiempo comprobó que Toni era el hombre que ella buscaba, pero no podía decírselo.

Alberto observó otra vez a Imke tendida en el lecho, durmiendo. Se sintió deprimido, vencido. Miró hacia la calle Ziegelei donde vivía y se
80 notó más desgraciado. Había supuesto que todos los esfuerzos que hizo Imke por traerlo a Alemania fueron por amor y se sentía un héroe. No pensaba que el despecho¹² podría tener tantas caretas¹³, todas capaces de emular¹⁴ felicidad. Quizá una felicidad que se erigía en medio del caos sentimental, tratando de construir con un poco de suerte la huída de la
85 desgracia. Alberto trataba de descifrar ese conjunto de acertijos¹⁵. Sus esfuerzos por encontrar respuestas a sus preguntas no alcanzaban a madurar en su trayectoria y morían en su intento.

11 omitir: auslassen, übergehen

12 el despecho: Verbitterung, Verzweiflung

13 la careta: Maske; hier: Gesichter

14 emular: nachstreben, nachahmen

15 el acertijo: Rätsel